1

14 de Enero enero de 2020

Encadenado entre las cuatro paredes de este mísero despacho y pasado un tiempo prudencial, mi vida empezaba a conformar una nueva etapa llena de ciertos condimentos extremos.

Después de todos estos años, he decidido dar rienda suelta a mis pensamientos y mostraré parte de lo que soy y sobre todo de lo que fue mi vida.

Corría el año 1999, y, las vísperas de un nuevo milenio desarmaban el alma de la gente de a pie con diferentes teorías sobre lo que se avecinaba en un futuro próximo. Solo mi maldito destino y yo, tuvimos la capacidad de asimilar con cierta resignación y un extraño agotamiento, lo que deparaba a una humanidad llena de algoritmos banales y constantes conflictos internacionales.

Esto podrá sonar a la típica parrafada de un escritor tratando de enganchar a un lector harto de un día largo y duro de trabajo, y que, tras pasar las últimas horas de ese día con su familia tragándose las ingestas infumables de telebasura actual, corta su pequeña realidad con un poco de fantasía y misterio antes de dormir. Nada más lejos de la realidad. Si, después de tantos años y sin la capacidad de un gran literato, me he decidido a plasmar mis pequeñas memorias, ha sido con el fin y la esperanza de que, en un futuro no muy lejano, alguien como yo y con mis mismas capacidades, sea capaz de encontrar la verdad que he hallado sobre todo en esta vida, al menos en la mía.

Por circunstancias que ahora no vienen al caso, mis pequeños temores se han agrandado con el paso de los meses, y creo firmemente que, si no reflejo mis pesares entre estas líneas, todo lo conseguido en estos últimos y extensos años no habrá servido para nada. Los huelo a míi alrededor y sé que no es la paranoia de un loco infestado de mil conspiraciones internautas. Vienen a por mí y sé de buena tinta que mi final ya está escrito....… y nunca mejor dicho.

Para no divagar más entre mis febriles desvaríos, te daré a ti o a vosotros, un pequeño perfil sobre mí, lo que era por aquella época y lo que me rodeaba. Seguramente a mitad de la lectura no recordaréis ni la mitad de mis rasgos pero si más de la mitad de mis andanzas.

Me llamo Enrique, pero todos siempre me han llamado “«Q”», Síi, sé que suena absurdo o a película de jóvenes adolescentes rebeldes, pero en aquellos años mozos se llevaba eso de los diminutivos, y lo de Quique sonaba demasiado pijo para mi gusto.

Como dije antes, estábamos a unos meses de una nueva era y yo concretamente a unos pasos de cumplir la ansiada mayoría de edad y terminar mi periplo rodeado de todos aquellos que consanguíneamente no eran mi familia pero síi mis únicos seres queridos.

Nunca tuve apellidos reales, nunca fui de nadie, solo un chaval huérfano que tuvo a bien el ser acogido por los servicios sociales y que, tras varios intentos funestos por conseguirme un hogar a mí y a varios de mis “«hermanos”», idearon un lugar conjunto para todas las ovejas descarriadas de la ciudad y con la supervisión de unos tutores legales. Nos educaron y nos hicieron sentir parte de algo, algo que por desgracia en esta vida tenía fecha de caducidad, como todo lo que es gratis o subvencionado. Te daban el tiempo límite de tu mayoría de edad para formarte como persona y, cumplido ese plazo, te buscaban un trabajo y una casa para que tuvieras una oportunidad ante el futuro próximo.

Como podéis intuir entre estas breves líneas, mi capacidad para expresarme ante el mundo siempre fue más fácil delante de un teclado o con ríos de tinta sobre mis manos. Muy acorde con mi físico; escuálido, con pelo oscuro y frondoso, mis medidas eran inversamente proporcionales a las de un atleta en toda regla, aunque inexplicablemente poseía unos hombros anchos y una mirada azulada casi cristalina que petrificaba a aquel que miraba con desprecio.

Ser parco en palabras nunca amarró mis ansias de conocimiento y mi destacado afán por la lectura, desfiguraba mis inquietudes y aplacaba las continuas luchas de mii yo interior por saber de mi pasado y lo que ocultaban aquellos años en los que mi razón aún no acompañaba a mis respiraciones diarias.

Como digo, la lectura jugaba con mis emociones y me hizo ser, muy a mi pesar, uno de los “«raritos”» del grupo; y digo muy a mi pesar, porque la auténtica tristeza que embargaba mi alma era el continuo desprecio de la sociedad por los libros y la mofa que impregnaba a todo aquel que buscaba un momento en su día a día para escapar del mundo terrenal.

En aquella casa donde las figuras paternales, se acomodaban en un segundo plano en el que escudarse, nuestra “«familia”» la componía un cuarteto de lo más peculiar. El trío que me acompañaba se descomponía en dos chicos y una chica. Ellos eran Mateo y Hugo; el primero, un lujurioso golfo de pelo enmarañado y cobrizo y con más cabeza que una farola a pesar de sus grandes dimensiones corporales; y el segundo, un loco de la informática y de todo lo relacionado con los videojuegos, destacaba por su piel morena y sus rasgos esculpidos, pero lo desacreditaba su estilo de vestir, siempre desaliñado como el pelo de Mateo y sin coherencia a la hora de conjuntar la ropa —(cosa que le dejábamos pasar por su daltonismo, el cual curiosamente no encajaba bien cuando tenía que meterse en faena entre cables o juegos de rol—). Ella, la princesa de los tres, aunque a la vista de todos parecía nuestra hermana pequeña. Ninguno de los tres podíamos ocultar el amor que profesábamos a Naya, y aunque parezca un estereotipo, era la pura realidad. Su tez era semejante a un atardecer de verano, un naranja cálido y suave que era bañado por la suavidad de su cabello fino y chocolateado. Sus ojos miel, contrarrestaban con su mirada dura y severa, pues muy a nuestro pesar, los años pasados jugaron un papel importante en su carácter —(secreto que guardaba con recelo)—. Aun así, nos quería a su manera y no a la que nosotros queríamos en la intimidad de nuestros corazones.

Gobernados por decirlo de cierta manera por un tutor tan afable como ingenuo;, Leo era el punto de partida en cualquiera de nuestros pasos y, quisiéramos o no, respondíamos ante él y él a su vez ante las autoridades. Aquel orondo bajito de mirada tierna y ojos ocultos tras sus lentes, no dejaba pasar una a ninguno del grupo, y si soy consecuente con mi habitual posición, le agradezco enormemente todo lo que me enseñó en aquella época.

Esa mañana de octubre y acabados los estudios que a cada uno nos vinierono bien para una salida laboral, fuimos los cinco a celebrarlo por partida doble, ya que tras nuestro exitoso nivel académico se escondía también la amarga despedida de Leo. Él nos marcó el camino, y ahora debíamos salir solos a la aventura de vivir la vida....… y vaya si la vivimos.

Con la mayoría de edad a la vuelta de la esquina, Leo hizo oídos sordos a las leyes y, a escondidas de sus jefes, nos dimos un homenaje entre copas sentados en aquel parque de nuestra bella ciudad fantasma: Teruel. Aquel rincón cuya fama será bien conocida por vosotros y de la que por ahora no hablaré tratando de dominar mis instintos turolenses.

En ese sur de Aragón donde la fama invernal era tan gélida como cualquiera de los polos —, y perdón por mi exageración, pero nunca fui amante del frío—,; los cinco nos arremolinábamos alrededor de aquel banco de hierro y asiento de madera encharcado, que solo nos servía para acomodar las bebidas. Recuerdo cóomo el frío de los vasos de tubo petrificaba nuestras manos y cóomo una pregunta se repetía sin parar en nuestro fuero interno: ¿qQué hacemos aquí pasando frío?

−—Cariño, si necesitas calor sabes que me tienes a tu entera disposición −—dijo Mateo con su sorna habitual, intentando rodear a Naya con sus largos brazos.

−—Prefiero dormir en una cama escarchada que rozarte...… pelirrojo −—contestó Naya con la voz entrecortada pero tosca, a la vez que se levantaba del banco y se zafaba de sus garras.

−—No escarmientas, Mateo —–repuso Hugo riendo−—. Deja a nuestra chica en paz y respeta su celibato.

−—Que no os haya dado lo que seguramente habéis pedido en vuestros sueños, no significa que sea una monja de clausura, atontados −—contraatacó nuestra amiga con mirada sinuosa y movimientos de la misma talla.

−—Dejadla ya. ¿Por qué no hablamos un poco más a fondo de lo que tenéis pensado hacer de aquí en adelante? −—preguntó Leo para zanjar la contienda−—. Por ejemplo, ¿qué tienes pensado hacer tú, Quique, que estás muy callado?

−—Miles de veces te he dicho que no me llames así, sabes que lo odio −—le dije enfadado−—. Si estoy en silencio es porque este maldito frío no me deja ni pensar con claridad, aunque mi futuro lo tengo más que decidido.

−—¿Y cuál es? −—preguntó Naya con una desconcertante curiosidad conforme apuraba su copa.

−—Quiero ser escritor, o a lo sumo trabajar en algún periódico de la ciudad o del país, quiéen sabe −—contesté con determinación y fijando mi mirada en ella.

−—Interesante −—intervino Leo, ajustándose sus gafas como siempre hacíia cuando algo le gustaba.

−—Por mi parte también lo tengo claro, la informática es lo que mejor se me da −—respondió Hugo saltando del banco con agilidad−—. Programador de videojuegos, concretamente.

−—Tú y tus marcianitos −—le soltó Mateo−—. Yo de momento no lo sé, y tampoco me apasiona nada en especial, salvo las mujeres, claro.

−—Pues de *gigolo*ó ibas a pasar hambre.

−—¡Hoy Naya la ha tomado contigo, chaval! −—gritó Hugo, con las lágrimas saltadas y las manos en el estómago por culpa de una risa incontenida.

Entre bromas, sueños y esperanzas fuimos pasando las horas, deseando en mi fuero interiorno que aquella noche no acabara, como si algo o alguien, me susurrara al oído que todo cambiaría en los próximos días.

En cierto momento de la velada mis ojos fueron a posarse sobre la madrugada que cosía aquel cielo nublado sobre unel parque de Los fueros, tiznado de agua y en cuyos árboles empezaba a no quedar ni una gota del verde oxigenador de la ciudad. Los jóvenes iban y venían de un lado a otro, pues en aquella época todos concentraban sus energías en averiguar quién gritaba más fuerte o bebía más rápido; retazos de un pasado del que hoy me siento avergonzado.

No sé si fue la mesura etílica o el cansancio acumulado de tantas horas de estudio, pero durante un efímero instante mis ojos se separaron del corro en el que me encontraba y percibí a lo lejos una especie de sombra que parecía esconderse de los curiosos a una distancia de no menos de 10 diez metros de donde yo me encontraba. No podía distinguir de quiéen se trataba, pero sií puedo describir lo que sentí por cada poro de mi piel como si estuviera pasando ahora mismo. Desde la punta de los pies y avanzando como el lento caminar de la marea, un calor inhóspito fermentaba en mi interior, y todo hacía indicar que se debía a aquella negrura de la que a día de hoy puedo afirmar algo: me miraba solo a mí. No sabría cómo explicarlo para que me entendierais, pero para que os hagáis una idea, mis ojos se transformaron en un gigantesco objetivo que me transportó al lugar que observaba. De sopetón me vi frente a aquella sombra y a continuación noté un inconfundible olor a viejo, mezclado con ciertos olores aceitosos; y aquello que solo era una mancha oscura se definió como el cuerpo de un humano, pero sin facciones. Tras unas milésimas de segundo, algo parecido a una voz distorsionada provino del espectro, y lo que entendí no tenía ningún sentido para mí, parecía un dialecto extranjero y antiguo, pero su entonación sugería pedir ayuda.

Sin previo aviso y como de la nada, sentí un golpe en la nuca, y el vaso que sujetaba a duras penas me cayó sobre los pies, mojando mis zapatillas marrones y sacándome de aquella alucinación. Cuando me giré para averiguar la causa, me vi de nuevo en mi lugar de origen, y el calor que sentí apenas unos momentos antes, terminó por explotar en mi cara enrojecida al ver quiéen fue el causante de mi despertar...… Víctor.

Para ser francos y seguir llenando este relato de una cierta familiaridad agradable, no puedo dejar de lado el toque sutil de malicia, que toda historia posee. No éramos el único grupo en aquel edificio de la calle El salvador, 24. En el apartamento contiguo, otro grupo de jóvenes compartían nuestros mismos destinos pero no nuestras mismas ideas c. Comandados por el tal Víctor, un déspota y egocéntrico mamoncete de mi misma estatura y el doble de mi cuerpo., Lloes secundaban dos pintamonas que parecían ser sus criados, Samuel y David.

−—¿Quién cojones te crees para pegar a mi hermano, imbécil? −—le increpó Naya, abalanzándose hacia él.

−—Tranquilos, chicos, haya paz −—trató de mediar sin éxito Leo, pues a mi espalda y ante mi aún petrificado cuerpo, Mateo y Hugo se lanzaron a por el trío enemigo.

−—¿Qué pasa, Enriquito, dejas que una niñata te defienda? −—se burló de mí Samuel con cara de payaso.

−—¡¡Esta niñata te va a dejar sin dientes!! −—replicó Naya, mordiéndose los labios tras el cuerpo de Leo.

Yo seguía absorto viendo lo que sucedía a mi alrededor, sin prestar mucha atención y con la mente puesta en lo que me pasó anteriormente. Otro golpe me sacó de la inconsciencia, pero ésteeste no fue recibido por mi cuerpo, sino por la cara de Leo, que, tras intentar interponerse entre los contendientes, recibió un puñetazo que Naya intentó propinar en la cara chupada y morena del escuálido Samuel. Al instante me abalancé sobre la contienda e intenté ayudar a Leo en su infructuosa misión. Con una sola mirada, dejé petrificado a Víctor, como si ésteeste intuyera que mi cuerpo deseaba arrancarle los ojos, y, pasto de su conocido y mediocre valor, ordenó a sus compinches una retirada honrosa.

Mis tres “«hermanos”» aprovecharon el momento para burlarse de ellos, y yo solo me dediqué a intentar ver el estado de Leo. Naya era una chica de cuerpo esbelto, pero su aparente fragilidad física no correspondía con la fuerza que atesoraba. Aun así, Leo solo tenía una pequeña hinchazón en la mejilla derecha, y entre ella y yo conseguimos incorporarleo.

—–Maldito imbécil —–rebuznó Naya, agarrando al agredido por un brazo para incorporarleo—–. Lo siento, Leo, no era....… .

—–No pasa nada, cariño —–lae interrumpió ésteeste, apoyándose también en mi hombro y sacudiéndose los pantalones americanos de la arena húmeda que nos rodeaba—–. Solo os pido que de ahora en adelante y conforme vayáis cumpliendo la mayoría de edad, intentéis ser más responsables de vuestros impulsos y no dejaros llevar por la furia del momento.

Como ya dije, Leo era para nosotros lo más parecido a una figura paterna que tuvimos nunca, y su sapiencia era para nosotros como la Bbiblia para un creyente. Siempre trató de educarnos alrededor del civismo y respeto por los demás, sin dejar que la violencia se metiera en nuestras vidas. Para algunos, como en el caso concreto de Naya, era imposible frenar su carácter arrollador.

Con gestos de arrepentimiento y la cabeza medio agachada, todos supimos de nuestro error, aunque mi mente y yo solo estuviéramos pensando en aquella silueta y sus susurros. En un principio decidí guardármelo para mí, pues, como todo aquel al que le haya pasado algo parecido, me dejé llevar por la vergüenza de ser tratado como un loco.

Pasadas dos horas y metido de lleno en las conversaciones banales de los chicos de aquella edad., el tiempo no nos dio ninguna tregua, y levemente empezaron a hacer acto de presencia las primeras gotas de agua de aquella noche helada, noche de finales de octubre. Leo nos animó a levantar “«el campamento”» y como el aguacero no era intenso, nos decidimos a navegar por las calles de nuestra querida ciudad.

Con las manos en los bolsillos, y mirando de reojo las manchas de alcohol que aúun perduraban en mi vestimenta, salimos del parque a la altura de la calle José Torán, flanqueados a ambos lados por una serie de chalets a cual más original y rellenos de la vegetación reseca otoñal. El sonido de la madrugada era interrumpido por la brizna que empezaba a golpear sobre los tejados de tejas de las casas y se mezclaba con los cánticos etílicos de Mateo y Hugo, que se abrazaban durante su repertorio sin dejar sus bebidas. Leo cubría nuestra retaguardia caminando a paso lento, (siempre cuidando de nosotros); a lo lejos y en cabeza, unas piernas estilizadas y prolongadas por su sombra, gracias a las hermosas farolas modernistas que iluminaban el Viaducto Peatonal, nos guiaban hacia casa. Hubiera dado uno de mis latidos por saber queé escondía Naya entre sus pensamientos, quizás hoy día me habría ahorrado muchísimos pesares.

Ya en el Paseo Óvalo y a unos pocos pasos de nuestra casa, me atreví a darle alcance y colocarme a su altura. Con ella me sentía feliz, lleno de una paz incomprensible, pero en ese momento esos sentimientos desaparecieron al ver que lloraba.

−—¿Qué te pasa, cariño? −—pregunté sorprendido e intentando inútilmente acariciar al menos su cabello.

−—Nada, prefiero no hablar, y no me llames cariño, sabes que lo odio −—contestó, zanjando el asunto conforme apuraba su cigarrillo y lo pisaba con una de sus botas—–. No me hagas caso, estoy muy cansada y solo quiero dejar que mi mente repose unas horas sobre la almohada.

−—De acuerdo, pero te conozco un poco y llevas unos días muy rara —–insistí preocupado, mientras ella me miraba con un halo de sorpresa o más bien de incredulidad.

A día de hoy entiendo perfectamente esos gestos y las llágrimas que mojaban su bello rostro.